

**REFLEXIÓN SOBRE LA EUROPA ACTUAL A LA LUZ DEL
DISCURSO EUROPEISTA DE S. JUAN PABLO II EN
SANTIAGO DE COMPOSTELA el 9 de noviembre de 1982**

*Transcripción de la Conferencia-charla pronunciada por el Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio
M^a Rouco Varela, en el encuentro con Profesores Universitarios
Madrid, 11 de junio de 2014*

1. ESPAÑA Y EUROPA

Es evidente que España es Europa, y no sólo geográficamente. De hecho es imposible entender Europa, sobre todo la Europa Moderna, sin España. Esta evidencia no era tal hace algunas décadas. Recuerdo que entre mis compañeros de Munich se hablaba con frecuencia de la pertenencia de España a Europa. Benedicto XVI ha afirmado recientemente que la historia moderna de la Iglesia es incomprensible sin la aportación española; más aún, que la historia moderna de la cultura en Europa es inexplicable sin España.

La España, que nace políticamente como una unidad a finales del XV (usaríamos la categoría de “*nación*” pero este término se acuña posteriormente), pronto se convertiría en la gran potencia europea del siglo XVI. En este tiempo, Francia todavía no había llegado a su plenitud ni geográfica ni política; Inglaterra era un país pequeño; Escocia todavía no formaba parte de Inglaterra; Alemania era un conjunto de principados

eclesiásticos y seculares... Pues bien, en aquella Europa dividida y fraccionada España ya era una gran realidad histórica, unida políticamente gracias al empeño tenaz de los Reyes Católicos. Una unidad política que se fue consolidando con Carlos V y, sobre todo, con Felipe II. Su reinado llena toda la segunda mitad del siglo XVI. En definitiva, España era entonces la gran potencia europea por excelencia: ¿la “superpotencia” de la época? En cualquier caso: España estaba presente en la Europa moderna como un factor político, cultural y religioso de enorme trascendencia. Ahora bien, ¿podemos decir lo mismo respecto a su relación con la Europa contemporánea? Si preguntásemos a Ortega o a alguno de los grandes maestros del regeneracionismo español de comienzos del siglo XX, nos dirían que no; que el problema era precisamente ese: que España se había desentendido de Europa. También es verdad que si lo preguntásemos a Unamuno, nos replicaría que nos sobraba Europa... Creo que estas dos respuestas nos ayudan -a su manera- a aproximarnos a la realidad de la España que, terminando el segundo periodo de la modernidad, se adentra en la contemporaneidad a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En la actualidad, en el siglo XXI, España forma parte de la Unión Europea.

2. “EL SUEÑO EUROPEO” ENTRE LAS DOS GUERRAS MUNDIALES

Conviene tener bien presente que hay *Unión Europea* en un sentido de la expresión no sólo político. Se puede hablar de un sueño europeo que acompaña todo el siglo XX, sobre todo, a partir de la experiencia de la Primera Guerra Mundial y vivido más intensamente todavía desde la Segunda. La Primera Guerra Mundial fue una guerra

casi exclusivamente europea. La intervención norteamericana se produce tardía, acotada y limitadamente. No hay guerra en el Pacífico y sólo relativamente en el Atlántico: sí, en Europa. Prácticamente todos los países europeos se ven envueltos en ella. No debemos olvidar, además, el dato de que también Turquía y el Oriente Medio entraron de lleno en el escenario geoestratégico de la Primera Guerra Mundial. La importancia histórica del hecho está a la vista. El involucrarse del Oriente Medio en esa primera contienda mundial constituye uno de los orígenes de los grandes problemas (políticos, jurídicos, culturales y religiosos) con los que hoy nos enfrentamos en Occidente. Ahora bien, la Segunda Guerra Mundial sí fue realmente mundial: guerra en el Pacífico y en el Atlántico... Finalizada, renace con fuerza el sueño europeo. En el trasfondo de esas dos grandes tragedias se encubría en último término una especie de “*guerra civil*” entre europeos, en la que actúa como factor decisivo la vieja enemistad entre alemanes y franceses. Enemistad, que se remontaba al menos a la guerra franco-prusiana de 1870. Nosotros, los españoles, solemos valorar nuestra propia historia moderna y contemporánea como especialmente dramática: las Guerras Carlistas, la Guerra Civil... Pero nuestras divisiones comparadas con las habidas entre alemanes y franceses en los siglos XIX y XX no resultan tan excepcionales. Incluso, ahora, después de que el sentido y sincero acercamiento que se produce a finales de los años 50 y comienzos de los 60 con dos grandes figuras –Adenauer y Charles de Gaulle–, apuntalando a nivel político y jurídico la amistad franco-alemana, quedan huellas de esa antigua desconfianza histórica. Han transcurrido ya 50 años y, si se hurga un poco, se ve que siguen latentes actitudes marcadas por una cierta reserva mutua, constatable por la propia experiencia personal. Cuando tienes amigos franceses y alemanes,

percibes cómo los alemanes lo llevan mejor; en cambio, si a los franceses les hablas de Alemania, no reaccionan precisamente con entusiasmo...

3. “EL SUEÑO EUROPEO” DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En esa Europa de la Postguerra de la II Guerra Mundial, el sueño europeo se va haciendo realidad política paso a paso. Sueño que en gran medida nace de las fuentes típicas de la experiencia cristiana, descubierta de nuevo en su valor histórico y vivida con nueva frescura humana y espiritual por las sociedades europeas de la década de la inmediata postguerra. Los jóvenes europeos, actores y víctimas principales de la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, sus hijos ¡nosotros! nos hemos sentido y hemos sido profundamente europeos. Convencidos -la inmensa mayoría- de las raíces cristianas de Europa, estábamos persuadidos de que la unidad europea era un imperativo de la historia, no sólo por razones prácticas y pragmáticas sino, además, porque era un imperativo del alma: ¡del espíritu! Un imperativo que implicaba de lleno a la responsabilidad pastoral de la Iglesia. La comprometía seriamente. Resulta muy significativo que tres de “*los padres*” que inician el camino institucional de la Unión Europea fuesen católicos: Schumann (en proceso de canonización) era un consagrado seglar; De Gasperi, con familia numerosa y muy cristiana, está también en proceso de canonización; Konrad Adenauer, sin llegar a esos niveles de santidad y de fe, era un católico recio, un católico de toda la vida: de oración y de algo más que de Misa dominical... Los tres fueron los grandes impulsores de la Unión Europea en su primera andadura

histórica. El primer paso: “*el Mercado Común*”. Una unión en lo económico que, superando las perspectivas marxistas, también en boga en la Europa libre, se enfoca a la luz de la doctrina ético-política de la economía social de mercado. Urgía resolver el problema del carbón y del acero: una de las causas más determinantes de las muchas desavenencias habidas entre alemanes y franceses desde los albores de la revolución industrial. Se coordina su producción entre Alemania y Francia. Una pieza históricamente imprescindible para proporcionar un sólido y realista fundamento político al proceso de unidad europea. Después vendría el EUROATOM: la unión de los seis países firmantes del Tratado de Roma para todo lo relacionado con la investigación, la producción, el manejo y la utilización de la energía atómica. Se avanzará, luego, política e institucionalmente paso a paso hasta el Tratado de Lisboa, quedándose lamentablemente por el camino el proyecto de una Constitución Europea. ¡Una pena que se presentara un proyecto de Constitución tan escaso de memoria histórica a la hora de tener en cuenta o no las raíces cristianas de Europa! Se pretirió así una buena vía para construir una unidad europea fiable en el presente y para el futuro con corazón y con alma. El bienintencionado empeño se clausuraba con una nueva frustración política y social. Este fracaso del proyecto político de una Constitución para Europa ponía de manifiesto - ¡como un inequívoco síntoma socio-político!- el estado de ánimo, en el que se encontraba realmente Europa al inicio del nuevo milenio socioeconómica, cultural y ético-espiritualmente. En esta nueva encrucijada europea ¿no hubiera sido bueno recordar y revivir el mensaje y las propuestas de Juan Pablo II para el futuro de Europa? ¿Una Europa unida por los grandes ideales y valores que habían inspirado a sus clarividentes iniciadores? El momento histórico para

acercarse a los puntos de vista del Papa explicados muy lúcidamente en sus intervenciones dedicadas al problema europeo, muy frecuentes en los primeros años de su Pontificado, no podía ser más propicio. La doctrina “europea” del gran Papa “eslavo entre los latinos y latino entre los eslavos” recobraba al alba del tercer milenio una inesquívale actualidad, sobre todo, su discurso del Acto Europeísta de la Catedral de Santiago de Compostela del 9 de noviembre de 1982.

4. EL CONTEXTO “JACOBEO” DEL DISCURSO DE SAN JUAN PABLO II EN “EL ACTO EUROPEISTA”

El Papa Juan Pablo II sienta una tesis histórica extraordinariamente significativa en aquel lugar y en aquel momento tan emblemáticos: *“Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la memoria de Santiago”* durante los siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. En la misma línea que Goethe insinúa Juan Pablo II que Europa habría nacido peregrinando. Sin olvidar que Santiago de Compostela representaba también un lugar extraordinariamente evocador de una rica y singular historia cultural y espiritual para la España que estaba solicitando el ingreso en la Comunidad Europea: ¡aquella España que venía de un largo y peculiar periodo histórico que se cerraría en 1978-1979! Durante las décadas precedentes (años cincuenta y sesenta) España se había mantenido abierta a Europa y latía con ritmo vivamente europeísta en sus jóvenes universitarios. Muchos fuimos los estudiantes que salimos de España por aquellos años y cursos académicos para estudiar en Alemania y Francia. Y muchos fueron también los seminaristas y sacerdotes que acuden a los Centros Universitarios de Roma para

completar la formación recibida en los seminarios españoles de nuestra postguerra. En esos años -finales de los cincuenta- se formalizan las primeras iniciativas en orden a la adhesión de España a la Unión Europea. Después, en los años 78 y 79, ya no era concebible otro horizonte político para España que no fuese el europeo. Razones de peso en la economía y, muy especialmente, el futuro de su porvenir social y político lo exigían imperiosamente. En 1982, España sentía con urgencia la necesidad de entrar plenamente en las instituciones europeas a fin de alejar de su futuro inmediato toda sombra y peligro de un posible naufragio del proyecto de un Estado democrático de derecho que acababa de emprender su camino jurídico y político con nuevas ilusiones y esperanzas. Nuestra experiencia europea, a la altura de cómo la estamos viviendo hoy, confirma el acierto de las intuiciones políticas y culturales que inspiraron y alimentaron ese momento clave de la historia contemporánea de España.

El Acto Europeísta de la Catedral de Santiago había sido pensado y propuesto por los organizadores del último día de la inolvidable Visita Pastoral de San Juan Pablo II a España, iniciado el 31 de octubre, y que iba a concluir el 9 de noviembre en Santiago de Compostela, como un colofón que nos proyectaba a un futuro henchido de esperanza. Se invitó a obispos de las más representativas sedes episcopales de Europa, a los Rectores de famosas e históricas universidades europeas y a abades benedictinos para participar en él. No podíamos olvidar lo que había significado en el nacimiento de Europa la tradición benedictina. Asistieron los Reyes de España y el Gobierno español en pleno. El discurso del Papa, histórico y profético a la vez, pronunciado en la Catedral del Apóstol, Patrón de España, en aquel nueve de noviembre

de 1982, en un anochecer lluvioso y destemplado ¡tan “compostelano”!, mantendría toda su frescura histórica, cuando Europa se adentre en un nuevo milenio de su historia cristiana. Su lectura nos ilumina y reconforta todavía hoy. Juan Pablo II comienza invocando aquella unidad de Europa que cuaja y se consolida a partir del segundo milenio de su historia como un continente homogéneo y unido espiritualmente: fruto, en gran medida, de la peregrinación de incontables europeos que se ponen en camino hacia Santiago, en “el Finisterre” del mundo conocido desde los dos últimos siglos del primer milenio cristiano. Los datos europeos de la peregrinación a Santiago verificables por tradición manuscrita se remontan hasta el siglo IX; verificables, especialmente, por la tradición benedictina de Centroeuropa en la que se encuentran referencias concretas de peregrinos a Santiago de Compostela en esa época tan temprana; por lo tanto, muy poco después de la fecha que refiere el Código Calixtino como la del descubrimiento (la “*inventio*”) de la sepultura del apóstol Santiago. No cabía duda histórica alguna: la peregrinación europea a Santiago coincide con el nacimiento de esa unidad religiosa y espiritual que alienta a lo largo y a lo ancho de todo el itinerario histórico de Europa desde la Cristiandad medieval hasta la Europa contemporánea, pasando por la Europa de Renacimiento, del Barroco y de la Ilustración.

5. EUROPA EN LAS VISPÉRAS DEL TERCER MILENIO DEL CRISTIANISMO

La inspiración cristiana no había dejado nunca de estar presente y operante en ella con mayor o menor capacidad de conformarla humana y culturalmente. En cualquier caso, de lo que no se podía dudar es de

que sus pueblos habían sido siempre los principales portadores y transmisores de la verdad del Evangelio y de la luz de la fe a todos los continentes. El papel jugado por la Europa cristiana en la historia universal no admitía parangón alguno con el de otros Continentes, ni con el de ningún otro espacio cultural. ¿Se podía afirmar lo mismo en vísperas del tercer milenio? El Papa advierte del estado de crisis en el que se encuentra el Viejo Continente al final del segundo milenio de la era cristiana -el año 2000 ¡el año del Gran Jubileo!- destacando dos aspectos de la crisis en la que lo ve sumido en los años ochenta, años de encrucijada para lo que sería el último capítulo de “la guerra fría”: un aspecto civil y, otro, espiritual. Europa estaba soportando en la penúltima década del siglo XX, todavía, la división del “*telón de acero*”, intacto al menos policial y militarmente. La ciudad de Berlín cercada al completo en su zona occidental por una doble muralla -¡el ignominioso “Muro”!- constituía todo un símbolo de aquella Europa profundamente herida en su unidad política y cultural después de que se hubiese consolidado el llamado “Bloque Soviético”, apenas concluidos los años cuarenta del siglo XX. Su división física expresaba inevitable e ineludiblemente otra división más profunda: política, social, cultural y espiritual. Eran dos Europas con perfiles humanos e institucionales inconfundibles. En Occidente, la Europa libre; y, en Oriente, la Europa soviética, totalitaria y expropiada de su libertad. Esta Europa más oriental del partido político único, visible y experimentable especialmente en la realidad social y política de la Alemania del Este, había conocido desde finales de los años 50 y comienzos de los 60 una incesante huida masiva de sus ciudadanos a la República Federal de Alemania, vía Berlín Occidental. Se puso en marcha un flujo de personas y familias enteras que no iba a poder ser frenado ni siquiera

por el oprobioso Muro berlinés. Angustiados, escapaban de una opresión agobiadora. Siete años después del 9 de noviembre de 1982, caería estrepitosamente sin pena ni gloria. Así se encontraba la situación de Europa cuando finalizaba el año 1982. Junto a la división geopolítica, de tan dolorosas consecuencias para las personas y las sociedades europeas del momento, el Papa llama la atención sobre otra más honda: la que se producía en la interioridad de la conciencia. Una división especialmente peligrosa; mucho más que la causada por los factores meramente políticos e, incluso, culturales. Se trataba de una división intelectual y ética que comprometía la recta concepción de la vida y del ser del hombre. Así lo expresaba San Juan Pablo II:

“La vida civil se encuentra marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolfica y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un «nihilismo» que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo.”

6. LA HONDURA ESPIRITUAL DE LA CRISIS EUROPEA

Advertía el Papa que la división era tanto más preocupante cuanto que no aparecía ni operaba a través de grupos identificables con perfiles políticos y/o culturales determinados. Su efectividad se dejaba

notar tanto en la Europa comunista como en la libre. La impresión de que nos encontrábamos ante la presencia de un mismo fenómeno histórico, social y cultural, parecía inevitable e irrefutable. Ya no valía en los países Europeos del 82 solamente el tomar conciencia de la mera divisoria física, militar y geopolítica de las dos Europas de la postguerra. Urgía, además, hacer lo mismo con esa división que trascendía sus fronteras, sistemas políticos y culturas diversas. En la Europa comunista actuaban, por una parte, personas y grupos ocultos en desacuerdo profundo y radical con el sistema político y la concepción materialista y estatalista de la vida que el Papa denunciaba crudamente. Y, por otra (como contraste), en la Europa libre se registraban corrientes profundas y poderosas de pensamiento que rechazaban valores fundamentales para la dignidad de la persona humana y para la consecución del bien común. De su respeto y observancia formal y real dependía el que “el hombre estuviese o cayese”. En fin, toda Europa, del Atlántico a los Urales, parecía haber incurrido en un común pecado colectivo contra la dignidad trascendente del hombre y contra los principios éticos -y, por tanto, prepolíticos- en los que se sustentan la sociedad y la comunidad política. Una situación que Juan Pablo II, en su lúcido análisis, ve agravada por una tercera división de carácter específicamente religioso con especiales y nuevas características. Europa estaría partida religiosamente *“no tanto ni principalmente por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos, cuanto por la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida, que garantiza equilibrio a las personas y comunidades”*. ¿Se podía hablar de europeos que creen en Dios y de europeos que no creen o viven como si Dios no existiese? ¿Era válido el diagnóstico del Papa polaco para caracterizar la situación espiritual y religiosa de la Europa

de 1982? Si en la Europa comunista del Este (la del Berlín cercado por “el muro”) se daba una masiva defección de los bautizados, no ocurría menos en la Europa de “la Unión Europea”. El diagnóstico de Juan Pablo II acertaba plenamente sin minusvalorar el hecho de que en la Europa comunista se habían dado y se estaban dando muchas actitudes de profesión de fe cristiana verdaderamente heroicas, culminando en el martirio. En realidad, aquella Europa del Este de los años 50 y 60, que él conocía tan bien por su propia experiencia personal, había sido heroicamente martirial. Los cinco cardenales con los que contaba la Iglesia Católica en los países europeos comunistas al terminar la Segunda Guerra Mundial, los cinco, fueron perseguidos y torturados hasta la muerte: física, moral y espiritualmente. Acertaba también con lo que pasaba en la otra Europa, en la llamada Europa libre, libre al menos del “telón de acero”. Ya en el 82, cualquier observador imparcial podría comprobar su estado de crisis interior sin mayor esfuerzo intelectual. Una crisis de las almas y de las conciencias no disimulable. Consecuencia inevitable de las ideologías secularizadas que se abrían paso en los ámbitos más variados de su vida pública con una creciente influencia cultural, social y política. La defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe operaba como causa principal en el fondo existencial de lo que estaba pasando. La preocupación de Juan Pablo II se vierte y transforma en una propuesta de solución muy sencilla y la única verdaderamente cristiana: emprender de nuevo el camino de la conversión. ¡Sólo a través del itinerario penitente de la conversión se superaría la crisis interior de Europa! ¿Y por qué no peregrinando a Santiago? El que camina a Santiago o lo hace para convertirse o termina convirtiéndose. Este era -y es- el verdadero sentido de la peregrinación jacobea, el que le confiere autenticidad

cristiana y eficacia evangelizadora y civilizadora. Las palabras del Papa resonaron como una emocionada, vibrante y apremiante llamada a la conversión:

“Por esto, yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca que se ha considerado siempre europea, por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslavo entre los latinos y latino entre los eslavos; Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo. Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual, en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas por tus conquistas hasta olvidar sus posibles consecuencias negativas. No te deprimas por la pérdida cuantitativa de tu grandeza en el mundo o por las crisis sociales y culturales que te afectan ahora. Tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo de progreso para el mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: «lo puedo».” Y, como el motivo del viaje del Papa en 1982 a España había sido la conmemoración del IV Centenario del fallecimiento de Santa Teresa de Jesús, se comprende bien la secuencia ulterior de su discurso: *“Me es grato recordar ahora con sencillez la fuerza de espíritu de Teresa de Jesús, cuya memoria he querido especialmente honrar durante este viaje, y la generosidad de*

Maximiliano Kolbe mártir de la caridad en el campo de concentración de Auschwitz al que recientemente he proclamado santo. Pero merecen particular mención los Santos Benito de Nursia y Cirilo y Metodio, Patronos de Europa. Desde los primeros días de mi pontificado, no he dejado de subrayar mi solicitud por la vida de Europa, y de indicar cuáles son las enseñanzas que provienen del espíritu y acción del « patriarca de Occidente » y de los «dos hermanos griegos», apóstoles de los pueblos eslavos.”

7. LA RESPONSABILIDAD PASTORAL DE LA IGLESIA EN EUROPA

Termina Juan Pablo II abordando el tema de la responsabilidad propia de la Iglesia respecto al futuro material y espiritual de Europa en el pórtico del Tercer Milenio: *“La Iglesia es además consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone al servicio, como Santa Sede y como Comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines, que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones. Por ello, también a nivel diplomático, está presente por medio de sus observadores en los diversos Organismos comunitarios no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles, con los Estados; por el mismo motivo ha participado, en calidad de miembro, en la Conferencia de Helsinki y en la firma de su importante Acta final, así como en las reuniones de Belgrado y de Madrid; esta última, reanudada hoy; y para la que formulo los mejores votos en momentos no fáciles*

para Europa". Una responsabilidad pastoral, que incluye su oración perseverante como un factor decisivo de regeneración espiritual. Si se hiciese un buen repaso de la historia europea del siglo XX resultaría fácilmente verificable que su olvido o menosprecio estuvo en los orígenes de los momentos más trágicos de su historia contemporánea. A la Europa de fin del segundo milenio, a la que se dirigía el Papa en la delicada y prometedora coyuntura histórica que estaba atravesando, tampoco le sería posible sin la oración configurar un presente y un futuro donde alentase de nuevo la esperanza.

8. "EL ACTO EUROPEÍSTA" Y EL CAMINO DE SANTIAGO

Con el Acto europeísta del gran Juan Pablo II en Santiago de Compostela en 1982 se obtuvo, además, un fruto complementario de gran transcendencia para la revitalización de las raíces cristianas de Europa en el último tercio del siglo XX; en su tránsito al tercer milenio de la era cristiana. Nos referimos a lo que significó para un renovado descubrimiento del Camino de Santiago. La Jornada Mundial de la Juventud del 89 completaría y culminaría el efecto. Se recupera íntegramente, en primer lugar, el "Monte del Gozo" como su última estación. Su estación penitencial por excelencia. Cuando el peregrino jacobeo, jubiloso, divisa desde la cima de ese monte, anhelado por todos los que hacen "el camino", las torres de la Iglesia-Catedral del "Señor Santiago siente la cercanía de "la gran perdonanza". El "Monte del Gozo" se recuperó no sólo física y paisajísticamente, sino también en sus riquísimas virtualidades pastorales y espirituales. De algún modo podía afirmarse que se culminaba así real y simbólicamente el proceso postconciliar de una recuperación verdaderamente renovadora del

Camino y de la Peregrinación Jacobea. Renovación emprendida en la década precedente. Una renovación auténticamente religiosa -¡creyente!- e, implícitamente, cultural. A la altura del año 1982, la pérdida de la memoria europea del “Camino de Santiago” era una evidencia indiscutible para casi todos los países del viejo Continente. Un hecho no separable del olvido creciente y multiseccular, padecido desde los tiempos de la Reforma protestante, pasando por la Ilustración europea hasta bien entrado el siglo XX, al que se añadirían, luego, como factor agravante los cuestionamientos históricos y teológicos y los interrogantes sobre su valor religioso, cultural y político en la primera década del Postconcilio. Las cifras estadísticas revelan las dimensiones y la hondura del cambio que se produce entre el Año Santo de 1982 y el del 93, transcurridos cuatro años desde la IV Jornada Mundial de la Juventud celebrada en la tercera semana de agosto de 1989. En 1982 llegaron a Santiago a pie con derecho a recibir “la Compostela” (el diploma acreditativo de que se habían recorrido al menos cien kilómetros del “Camino”) escasamente 700 peregrinos; en 1993, fueron más de ciento sesenta mil.

9. LA ASAMBLEA ESPECIAL DEL SINODO DE LOS OBISPOS PARA EUROPA DE OCTUBRE DE 1999

Permítanme concluir esta reflexión sobre la Europa actual a la luz del Discurso de San Juan Pablo II en el Acto Europeísta del 9 de noviembre de 1982 en la Catedral de Santiago, trayendo a colación la II Asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Europa del año 1999 en la que por encargo del Papa tuve el honor y la gracia de ser su Relator General. A las puertas del siglo XXI, el Sínodo formula un

diagnóstico de lo que estaba ocurriendo en la Europa del Tratado de Niza a la vez riguroso, crítico y retador, que se podría sintetizar en dos juicios valorativos: **apostasía silenciosa y humanismo inmanentista**. La cultura en general, las fórmulas de concebir la teoría general del derecho y de interpretar el derecho constitucional de la Europa del fin de Milenio -Año 2000 después de Cristo- revelaban la primacía intelectual y social de una idea inmanentista de la vida y de un humanismo incapaz de levantar la vista más allá de un horizonte existencial en el que sólo había cabida para la categoría “tiempo” y ningún lugar para “la eternidad”. El hombre sólo existía y sólo podría existir en el tiempo: el hombre se acababa -¡dejaba de ser!- con él. La respuesta sinodal se concentra en el examen, toma de conciencia y proposición de todas aquellas formas de la vida de la Iglesia que más certera e incisivamente podrían configurar el anuncio y presentación del Evangelio a los europeos del comienzo del nuevo milenio: fórmulas capaces humana y espiritualmente de suscitar su conversión personal y colectiva retornando a sus raíces cristianas con un renovado vigor apostólico. El Papa confirmaría las propuestas pastorales del Sínodo en la Exhortación Postsinodal del día de San Pedro del año 2003. La Iglesia en Europa se veía enfrentada a un reto formidable apostólico y pastoral: el de comunicar y testimoniar el Evangelio a unos pueblos que habían apostatado silenciosamente de su milenaria fe cristiana. Llevar la Buena Nueva de Jesucristo Salvador del hombre -¡el Evangelio!- a los que no han oído hablar nunca de Cristo, no es fácil humanamente hablando; hacerlo con los que han renegado de El, mucho menos. Se trataba de un desafío evangelizador y misionero de algún modo inédito. El lejano antecedente de la Revolución Francesa, de dos siglos antes, con sus efectos de descristianización de amplias capas de las modernas

sociedades europeas no era equiparable a la actual increencia de los europeos ni en su extensión ni en su hondura vital. La fórmula teológica con la que el Sínodo y el Papa tratan de iluminar e impregnar todo el programa pastoral propuesto para una nueva evangelización de Europa, será la del “*Evangelio de la Esperanza*”. Hace 11 años que fue publicado el documento *Ecclesia in Europa*, la Exhortación Postsinodal promulgada solemnemente en la Festividad de los Apóstoles Pedro y Pablo del año 2003. El proceso político de unidad europea parecía haber llegado a una meta provisionalmente final -¡valga la paradoja!- en el Tratado de Lisboa. La actual crisis económica mundial lo ha tocado de lleno. Su repercusión en la situación de crisis moral y espiritual, verificada y afrontada ya por el Sínodo de 1999, agravándola, es evidente. Se puede decir que con la crisis actual la concepción materialista del hombre y la visión inmanentista de la vida y de la historia subyacente a la misma han quedado potenciadas significativamente. No es equivocado ni aventurado afirmar lo siguiente: la crisis económica ha derivado en una crisis política y moral que no ha dejado indemne la propia razón de ser de la Unión Europea.

10. LAS ELECCIONES PARA EL PARLAMENTO EUROPEO DE MAYO DE 2014

El pasado domingo, 25 de mayo, tuvieron lugar las elecciones al Parlamento europeo. Más de la mitad de los ciudadanos de la Unión no acudió a las urnas. El dato muy revelador de hasta donde alcanza la sensibilidad europeísta de los ciudadanos de “la Unión Europea” no refleja, sin embargo, lo más preocupante de lo ocurrido. Lo peor ha sido que muchos de los que sí fueron a votar ni se sienten europeos ni

quieren serlo por una razón o por otra. Aunque en cualquier hipótesis de explicación, el trasfondo moral y humano que se trasluce en esa actitud antieuropea de unos y de otros viene a ser el de la no aceptación de aquella antropología cristiana que inspiró y modeló la personalidad, europea desde inicios del segundo milenio del Cristianismo hasta muy avanzada “la Modernidad”. ¡Esto es lo grave! Con ideas tan alejadas de la visión cristiana del mundo y del hombre construir Europa espiritual y materialmente se hará poco menos que imposible. ¡No! no es posible avanzar en la construcción de una Europa digna del hombre sobre la base de unas teorías inmanentistas que cuestionan su ser histórico tan profundamente. Sus efectos destructivos se manifiestan agudamente en las graves crisis de las instituciones fundamentales para la vida de las personas y el futuro de la sociedad: crisis del derecho a la vida, crisis demográfica, crisis del matrimonio y de la familia, crisis laboral... ¿crisis del Estado? Efectos, que comprobamos día a día en la multiplicación de las situaciones que hacen sufrir tanto a los más débiles: los niños y los ancianos. Hay que considerar, asimismo, un elemento desconocido hasta ahora en la historia moderna de los pueblos europeos: el de la aparición del fenómeno de la inmigración de personas procedentes de países, culturas y religiones de otros Continentes. La inmigración, imprescindible para la subsistencia de las sociedades europeas del bienestar, nos acompañará por tiempo indefinido. Sin ella no son pensables ni el presente ni el futuro de Europa. La complejidad socio-política y simplemente humana de la situación reclama una atención pastoral cuidadosa y, a la vez, generosa. Sí, para esta Europa del tercer milenio no cabe otra fórmula de respuesta evangelizadora que no sea la “del Evangelio de la Esperanza”, enseñada lúcidamente en la Exhortación Postsinodal “Ecclesia in Europa”. El Papa Francisco, sin

haberse ocupado todavía expresamente de la cuestión europea, sí ha confirmado con su propuesta de evangelizar con “el Gozo del Evangelio” que el gran objetivo e impulso pastoral para la Iglesia en Europa los próximos años no puede ser otro que el que se cifra en “el Evangelio de la Esperanza”. El Evangelio así anunciado, presentado y vivido constituye la verdadera y fecunda respuesta pastoral y misionera de la Iglesia de la que están tan necesitados hoy los pueblos europeos.

11. CONCLUSION

La reflexión sobre Europa, que acabo de ofrecerles concisamente, parte del firme convencimiento de que “la Universidad” sigue siendo ámbito insustituible para abrir intelectualmente unos nuevos cauces institucionales, históricamente eficaces, privados y públicos, si se quiere acertar con las soluciones a las grandes crisis del hombre que corroen actualmente en su raíz el alma europea. La Universidad moderna y contemporánea no sólo es la sede principal de las ciencias de la naturaleza con su enorme potencial tecnológico, sino también de las nuevas ciencias del hombre o, dicho de otro modo, de las ciencias humanas que han condicionado -y condicionan- poderosamente la antropología filosófica y teológica con implicaciones de enorme trascendencia para conocer la verdad del hombre y para acertar con la implantación de un recto orden social. No puede, pues, extrañar el hecho histórico de que no han habido crisis europeas desde la Ilustración para acá, en las que no hayan influido decisivamente figuras del mundo universitario de la época, y que no se haya dado ninguna crisis europea en los dos últimos siglos que hubiera podido ser resuelta

sin universitarios conscientes de su responsabilidad histórica como personas y como cristianos.